María Wernicke

CASA DE VICTORIA OCAMPO

A veces llego hasta la casa triste
y la madera arde con los ojos
de una seca guirnalda de palomas.

La palabra que hablamos, no se escucha.
La pensativa luz está cerrada.

Alta Victoria: el mar
es el de siempre.

Hay otro mar que vuelve y se detiene:
el de las inocentes hojas que se abren
en tu árbol del cielo
y el que dice tu nombre por las vincas,
hermosamente solas,
infinitas.

EL AMOR

I

La rosa es
más dura que mis huesos
si me tiendo a esperar
la espalda tuya.

Fémur y fémur, todo está deshecho.

Estoy comiendo el pan
de mis rodillas.

II

Los pies que voy a darte
se enamoran
de mi enraizada hierba.
Se acurrucan.

Y hago el dolor de una paloma inmensa.

III

Puedo esperarte siempre.
La mirada
ya no me sirve más que para verme
desvestida en el tiempo.
Tan abierta,
que la muerte se enlecha en dos pezones,
dos duraznos, dos ojos, dos mitades.

IV

La alumbradora sombra de mi hueco
apoya a un niño que ha nacido entero.
Que me nace tan sólo de mí misma.

V

Sin dedal, sin aguja, no me acuerdo.
Sin ventana, sin mesa. No me acuerdo.
Una bandeja soy y la mirada
como dos horizontes ofrecidos.

Estoy aquí, no estoy. Ya no recuerdo.
Solamente mirarte.
Estoy desnuda.

VI

Creo que me he quedado en otros sauces.
Que anda por otro rio aquella trenza.
Que un pecho tengo. El otro te lo he dado.
Que el aire me dibuja una rodilla
que no quiere ya alzarse.

Que sin brazos,
que sin sitios de hueso te aposento
en una enorme uva de montaña.

Blanda en la piedra de la carne quieta.

VII

Siempre será celeste la pared de tu casa.
Siempre me peinaré con el aire de tu mano.

Aunque quiera llorar,
la alegría me llamará desde tu sitio.
Aunque el tiempo me desvista
tendré un collar de besos empapados.

Volaré con las piernas.
Me sentaré a la diestra el horizonte.

De rodillas, sobre el jardín de la muerte,
todavía estaré
contenta de tu nombre.

Siempre recordarás, aunque me olvides.

EL COLLAR

La madre del muchacho idiota,
quieta, inclinada, sola, caminando,
con su vestido tristemente limpio,
su delantal, sus aros, sus hebillas.

La madre del muchacho,
entornando una puerta, cerrando una ventana,
haciendo coincidir las cuatro puntas
de una sábana exacta.

La madre dando cuerda a cada día,
espantando las moscas, escuchando la noche.
La madre con la mano sujetada
por la mano del niño que es el muchacho idiota.

Sería tan sencillo si no tuviera siempre
un collar, un collar, un collar.
Un collar de ojos de mono
alrededor de la garganta.
Un collar de ojos enhebrados
que la adorna y la mira,
para que nunca más esté desnuda.